

BERNARD TORELLÓ

EL DEMONIO DE ARBENNIOS



Kai es un antiguo soldado de élite que reside en Arbennios, capital del reino de Lénoda, cuya monótona vida se sustenta en tres pilares: un trabajo en la guardia del noble señor Nárenwal, la compañía de su leal grupo de amigos y las furtivas visitas de su amante secreta.

Por desgracia, durante un caluroso día de verano tendrá lugar un ataque inesperado que dará un giro a su vida. Condenado por la misma sociedad a la que había defendido durante años, Kai se verá arrastrado por un torbellino de emociones y violencia que lo llevarán por el oscuro camino de la venganza.

Índice de contenido

Cubierta

El demonio de Arbennios

Mapas

1. Vida

2. Justicia

3. Honor

4. Amor

5. Amistad

6. Soledad

7. Identidad

8. Venganza

9. Revelación

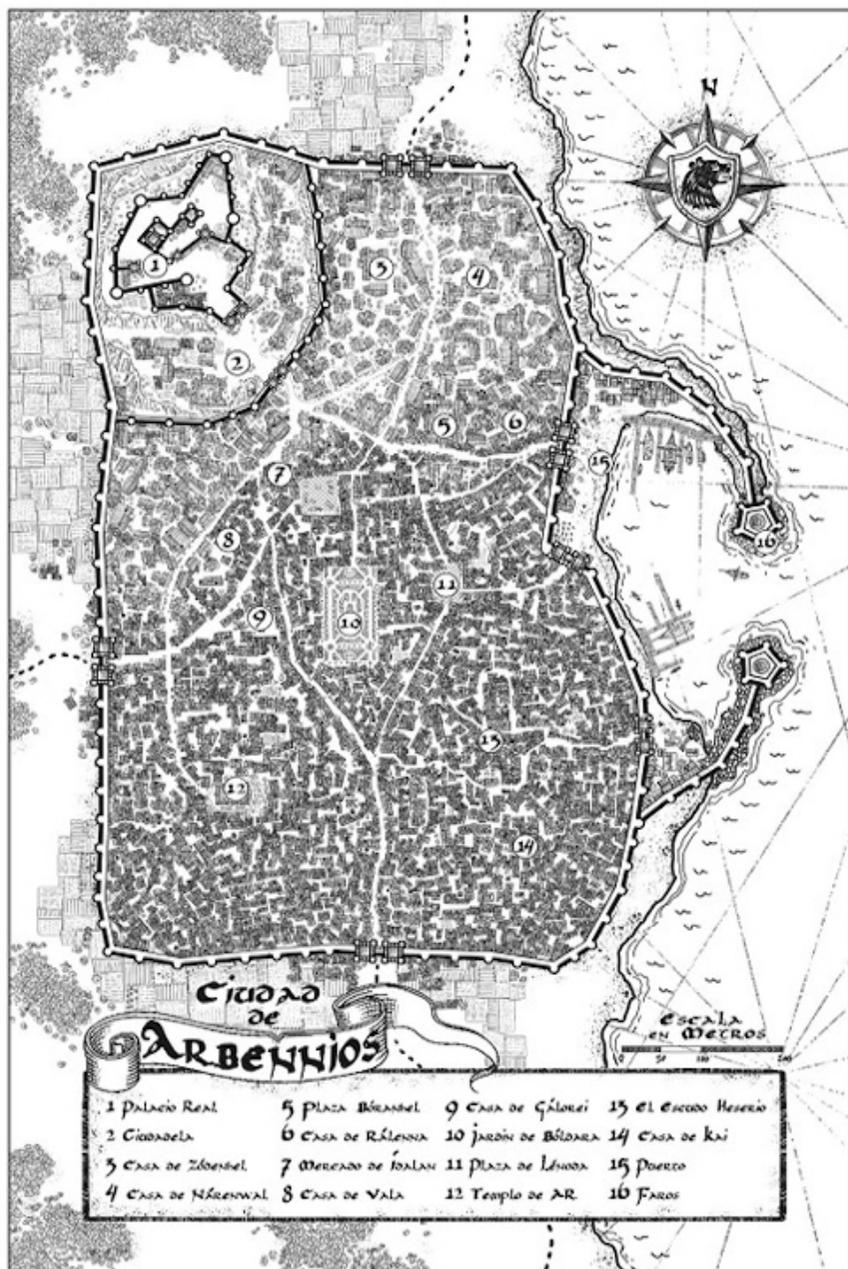
10. Muerte

Epílogo

Nombres de Lénoda

Agradecimientos

Acerca del autor



A mis padres, porque mi amor por ellos es eterno.

1

VIDA

Había tenido una pesadilla. No la recordaba con exactitud, pero sabía que estaba relacionada con los infernales. Y todo lo que tuviera que ver con ellos le traía malas sensaciones.

Oyó un ruido a su lado. Giró la cabeza hacia la izquierda y abrió levemente los ojos: Rálenna estaba sentada en la cama, vistiéndose de espaldas a él. El cabello castaño, con mechones rubios, le caía suelto por la espalda como una cascada en perfecta armonía.

—Eres preciosa —susurró.

Ella rio brevemente.

—Lo sé, Kai —respondió, orgullosa—. Aunque nunca me cansaré de que lo digas.

Kai sonrió o habría sonreído si hubiera estado lo bastante despierto; en su lugar, tan solo curvó los labios. La siguió con la mirada mientras ella, con movimientos rápidos y elegantes, se levantaba y salía de la estancia. Con la sombra de la sonrisa aún en el rostro, Kai dio la vuelta hacia un lado, acomodándose en la cama, pero al cerrar los ojos le acudió a la memoria el sueño del que acababa de despertar.

Había sido un sueño oscuro. En él había un campo de batalla enorme y siniestro, por el que caminaba despacio, observando los cadáveres que lo rodeaban. A su lado, sus antiguos camaradas se internaban por la niebla mientras

soltaban mofas irrespetuosas hacia los enemigos caídos. Entonces él los miraba, irritado. No le caían bien. Nunca le habían caído bien.

Se concentró para alejar aquel sentimiento de su mente. Pensó en Rálenna: los ojos verdes, las mejillas sonrosadas, los gestos traviosos. Antes de que hubiera pasado mucho tiempo, la Rálenna de carne y hueso volvía a estar junto a él. Kai abrió de nuevo los ojos y vio que ya estaba vestida y arreglada, con el collar y los pendientes puestos, lavada la cara y lista para partir. La habitación seguía a oscuras, pero detrás de ella un diminuto rayo de luz se filtraba por una ventana.

—¿Ya te vas? —preguntó él con voz soñolienta.

—Sí —respondió la mujer con dulzura—. No puedo quedarme más.

—¿Nos veremos esta noche?

—No, es imposible. Ya te lo dije ayer, pero nunca me escuchas. Nos veremos dentro de dos días.

Kai suspiró. Rálenna le pasó una mano por el brazo y lo acarició con suavidad.

—Acuérdate de hablarle de mí a la señora Baélira.

Kai gruñó como toda respuesta.

—Hazlo —insistió ella—. Que tengas un buen día.

Dio la vuelta para irse, pero Kai le cogió la muñeca y la atrajo hacia sí.

—Dame un beso —exigió.

Rálenna suspiró y se inclinó hacia él. Kai se incorporó un poco para tratar de besarla, pero ella le hizo un amago; se apartó en el último momento y lo empujó con fuerza hacia atrás, tumbándolo de nuevo en la cama.

—Habla con Baélira —le recordó. En su rostro se dibujaba una sonrisa burlona.

Kai bufó mientras ella se alejaba. Rálenna salió, sus pasos se oyeron cada vez más distantes, la puerta de la casa se abrió y se cerró casi sin emitir ruido alguno. Kai se que-

dó tumbado en la cama, cerró los ojos y trató de conciliar otra vez el sueño, ahora que aún tenía tiempo.

Las cosas con Rálenna no eran sencillas. El secretismo con el que llevaban su relación solo conseguía que ambos se frustraran a menudo, quizá por orgullo, quizá por celos, cuando en el fondo lo único que deseaban era verse con mayor frecuencia. La situación solo mejoraría si contraían matrimonio, pero ¿estaba él dispuesto a ello? Tampoco hacía tanto que la conocía y, además, ella poseía mucho más patrimonio que él. La familia de Rálenna no lo vería bien, sin duda; tal vez, si él no hubiera dejado su antiguo empleo, su paga sería suficiente como para estar a la altura, pero con su salario actual aún estaba lejos de poder lograrlo.

En estas divagaciones se encontraba cuando de pronto los campanarios de la ciudad empezaron a sonar. Tres campanadas le indicaron que el alba había llegado.

Gruñó. No se desmereó enseguida, sino que primero dio una vuelta y luego otra. Bostezó, se estiró y murmuró para sí, hasta que al final entreabrió los ojos y se sentó en la cama. Estaba desnudo, pero no tenía ni pizca de frío; aquel verano era realmente caluroso y ni siquiera en la capital, que se encontraba en la costa, se podía huir del calor. Bostezó por segunda vez y se levantó.

Caminó por el suelo de piedra hasta llegar a una silla situada bajo la ventana, donde se encontraba toda su ropa, dejada de cualquier manera. El rayo de luz que se filtraba en la habitación era ya más claro, más puro. Se fijó un momento en él y vio motas de polvo que volaban en el interior del rayo. Se rascó la cabeza y se volvió hacia la silla.

Pantalones, botas altas, túnica blanca, cota de malla y cinturón. Todo atado y bien puesto, se pasó una mano para peinarse el pelo hacia atrás, se mojó la cara para refrescarse, cogió las armas, echó los guantes dentro del yelmo y salió de la casa.

Aún era temprano, pero las calles ya empezaban a estar transitadas, ya se oía el ruido de los pasos y el rumor de la gente. Un día más se había alzado en aquel mundo vasto, un día más en el que los habitantes de la ciudad de Arbennios vivirían en paz y tranquilidad, trabajando para poder mantenerse y llegar al amanecer del día siguiente. Un ciclo continuo, ininterrumpido, de orden establecido.

Mientras caminaba, andaba pensando en asuntos irrelevantes, sin fijarse en nada concreto, pues ya lo conocía todo. La mayoría de las casas tenían todas las ventanas abiertas en un intento desesperado de airear unos habitáculos que apestaban a calor y sudor, pero no soplaba aire alguno, no había ni una pizca de la brisa más tenue, así que ninguna casa podría ventilarse. Al mismo tiempo, las calles empedradas estaban llenas de suciedad: aquí y allá había tierra, meados, restos de defecaciones, tanto humanas como animales, y a veces incluso gotas de sangre esparcidas por el suelo y las paredes. ¿Habría habido alguna pelea durante la noche anterior? Quién sabe, tanto podría haber sido la noche anterior como la de dos meses antes.

En la mano derecha sostenía la lanza, una correa le cruzaba el pecho para sujetar el escudo en la espalda y bajo el brazo izquierdo llevaba el yelmo. Pronto empezaría su jornada laboral; esa semana le había tocado el turno bueno, lo que significaba que aún tenía un poco de tiempo antes de empezar a trabajar, el suficiente como para pasar por su posada favorita.

Iwo, su amigo Iwo, el rubio y joven guaperas que había conocido años atrás, estaba prometido con la hija de los propietarios de El Escudo Hesperio, una de las posadas con más renombre en el barrio. Así que los privilegios que tenía allí la vieja pandilla de amigos eran considerables: se los trataba con calidad y no como clientes cualesquiera, y a cambio ellos no consumían comida o bebida prácticamente en ningún otro local, sino que pasaban tanto tiempo en esa posada como en sus respectivas casas.

Cuando entró, la primera persona que lo vio fue Shana, la prometida de Iwo. Tenía una figura como la de Rálenna, pero Shana era más joven y su cabello era negro como el cielo sin estrellas.

—Buenos días —lo saludó—. ¿Has pasado una buena noche?

—No empieces —respondió él, esbozando una media sonrisa—. ¿Ya han llegado todos?

Shana asintió y también sonrió. Lo cogió del brazo y, juntos, caminaron hasta una pequeña y acogedora sala, situada al otro extremo de la posada. Abrieron la puerta y allí los vieron: tres hombres y una mujer sentados alrededor de una mesa redonda, desayunando mientras charlaban.

—¡Hombre! —exclamó Arden nada más verlo—. Llegas tarde. ¿Cómo es eso? Antes nunca llegabas tarde. ¿No será que cierta señorita te ha entretenido más de la cuenta?

—¡No le digas eso! —le regañó Landia—. Es el que vive más lejos, por eso llega después que nosotros.

—¡No lo defiendas! —protestó Arden—. ¿Quieres conocer a su mujer o no? Déjame provocarlo.

Los demás rieron mientras Kai dejaba la lanza y el escudo apoyados en la pared y se sentaba al lado de Landia, que era su prima. Puso el yelmo sobre la mesa.

—¿Nos la presentarás algún día? —pidió Dan—. Llevas ya un montón de tiempo viéndote con ella, pero nosotros ni siquiera sabemos aún su nombre.

—¿Un montón de tiempo? —intervino Iwo, el rubio posadero—. Creo que ni siquiera hace un año.

—Los casados medís el tiempo de manera diferente a los solteros —señaló Dan.

—Eso es verdad —opinó Arden.

—Si no quieres presentarla —continuó Dan—, por lo menos podrías decirnos cómo se llama.

Kai suspiró en señal de resignación. Cortó una generosa ración de queso y luego se llevó una jarra de cerveza a los labios.

—Ya sabéis que no puedo deciros nada —se excusó, dejando la jarra sobre la mesa tras un largo trago—. ¿Cada mañana tendré que soportar este interrogatorio sin sentido?

—Pues claro, porque si ahora ya no cenas con nosotros, sino que cenas con ella, tan solo vamos a verte por las mañanas —sonrió Arden.

—La semana pasada tuve el turno de tarde —explicó Kai con voz cansada— y durante esta semana solo he cenado una noche con ella. Hoy cenaré con vosotros.

—Eso espero.

Kai suspiró otra vez. Los otros cinco, contando a Shana, que se había sentado al lado de Iwo, lo miraban sonriendo. Él se giró hacia su prima.

—¿Cómo está el bebé? —preguntó.

—Perfectamente —respondió ella, frotándose el vientre con una mano—. Ya hemos decidido cómo se llamará en caso de que sea niño.

—¿Ah, sí? —dijo Shana—. ¿Cómo?

—Elerion —respondió Arden.

—¿Le pondréis el nombre de un rey? —Kai se mostró escéptico.

—Sí —Arden se encogió de hombros—. ¿Quién nos lo va a impedir?

—Seguro que lo has escogido tú, no mi prima.

—Es que hemos decidido que si es niño, él escogerá el nombre —intervino Landia—, y si es niña, lo elegiré yo.

—Parece un trato justo —asintió Iwo.

—Pues ya sabes lo que tendrás que hacer cuando os toque a vosotros —dijo Arden, guiñándole un ojo. Iwo y Shana se ruborizaron.

—Oye, Arden, ahora que vais a tener el crío, ¿piensas abrir la nueva sastrería de todos modos? —se interesó Dan.

—¿La nueva sastrería? —Arden se sorprendió—. ¿Qué dices, Dan? No, hombre, eso es una idea antigua. Mira, estuve haciendo cálculos y llegué a la conclusión de que an-

tes de abrir una segunda sastrería debería conseguir sacarle la máxima rentabilidad a la primera.

—Pero eso es evidente, Arden. ¿Te planteabas abrir otra sin obtener máximos beneficios de la primera?

Arden hizo un gesto para indicar que no se quejara.

—La clave son los clientes —explicó—. Si consigo que todos los vecinos se conviertan en mis clientes, entonces obtendré la máxima rentabilidad. Para ello, he pensado una nueva estrategia para atraer a más gente: ahora me dedico de forma exclusiva al trato con los clientes. Les hablo de manera cortés y respetuosa, como debe ser, y les hago un descuento en caso de que me hagan más de tres encargos por mes. Mi sastrería es la mejor, así que no creo que tarde mucho en atraer a todos los vecinos.

—Es la mejor porque es la única que hay en todo el barrio —dijo entonces Landia, con un tono de burla que guardaba cierto parecido con el de Rálenna.

Kai torció una sonrisa mientras desayunaba. Desde que fueron suficientemente mayores como para entender la importancia del dinero, Arden siempre había estado absorto con planes de negocio. Por suerte, Landia le hacía poner los pies en el suelo.

Pronto, Iwo y Shana tuvieron que dejar la mesa para ir a atender a los otros clientes de la posada. Dan no tardó en seguir su ejemplo.

—Yo me voy ya —anunció—. Debo llegar puntual a mi guardia.

—Me voy contigo, pues —se unió entonces Kai.

Apuró su jarra hasta la última gota y luego se inclinó hacia su prima, quien le dio un beso en la mejilla.

—Nos veremos esta noche.

—Sí. Que tengáis un buen día.

Kai y Dan cogieron sus cosas, se despidieron con un gesto y salieron de la posada. Echaron a caminar por la calle y, mientras Kai volvía a colocarse el escudo en la espal-

da, Dan le sujetó el yelmo, en cuyo interior aún estaban los guantes.

—Deberías probar de vivir sin guantes —le aconsejó su amigo—. Más aún con este calor que hace.

—Gracias, pero no —Kai entrecerró los ojos—. Ya que las manos me van a sudar de todos modos, prefiero que al menos no me resbalen las armas si tengo que emplearlas.

—Yo creo que antes de ponerme un guante me dejaría amputar la mano. Ahora mismo estaba sudando como un pollo en la posada y el día no ha hecho más que empezar.

—Es cierto. Parecía que estuviéramos metidos en un horno. Esta noche les diremos a Iwo y Shana que nos cambien a una sala con ventana al exterior.

—No sé si eso es buena idea. Si no hace aire, la ventana no va a refrescarnos nada y tan solo servirá para que nos llegue el olor a mierda que hay por la calle.

Kai soltó una carcajada. Dan era más bajo que él, pero mucho más fornido; pertenecía a la Guardia de Arbennios, cuyo deber era mantener el orden y la seguridad por toda la ciudad. Los miembros de la Guardia no eran verdaderos soldados, su entrenamiento era breve y no muy intenso, lo que hacía que su habilidad con las armas no fuera nada del otro mundo; pero aun así se encargaban con eficacia de los ladrones y criminales, haciendo de Arbennios una ciudad bastante segura.

Pasaron por cuatro calles y al final ambos se separaron. Kai se dirigió a la zona alta, el barrio noble, donde los edificios eran más lujosos, más amplios, con más decoraciones y de colores más vivos. El mismo aire parecía allí más puro que en otros lugares de la ciudad, como si por el simple hecho de estar rodeado por bellas construcciones y por personas con vestidos más caros uno pudiera sentirse más limpio; o quizá fuera simplemente que, como las calles eran el doble de grandes, el aire llegaba menos cargado y el calor parecía menos intenso bajo la sombra de aquellas edificaciones tan altas.

La que él buscaba no destacaba más que el resto: una casa de paredes blancas cuya única puerta estaba custodiada por un hombre armado. Tenía la cabeza afeitada y una barba salvaje y pelirroja.

—Sanno.

—Kai.

—¿Cómo ha ido el servicio?

—Como siempre. —Sanno se encogió de hombros y se hizo a un lado.

Kai entró en la casa. El vestíbulo dio lugar a un amplio salón, donde Murwan, Vala y Yago conversaban en voz baja. Los tres se giraron hacia él cuando lo vieron entrar.

—Buenos días —saludó Kai. Los tres respondieron con cortesía—. ¿Alguna novedad para hoy?

—El señor quiere salir cuanto antes —explicó Vala—. Desea visitar a un amigo suyo. Pero la señora y los niños se quedarán, así que me llevaré a Yago y a Háret mientras los demás os quedáis en la casa.

Kai asintió. Caminó hasta el otro lado del salón, donde dejó la lanza apoyada contra la pared, se colocó el yelmo en la cabeza y empezó a ponerse los guantes. Apenas hubo terminado cuando los hermanos Ion y Erl entraron por el vestíbulo.

—Bien, solo faltabais vosotros —les dijo Vala en cuanto los vio llegar—. Ion, ve a sustituir a Sanno en la puerta. Erl, el vestíbulo y el salón son tuyos. Kai, al patio. Voy a avisar al señor. Yago, conmigo. Hasta mañana, Murwan.

Sin decir nada más, Vala fue a la izquierda, donde unas escaleras subían hacia el segundo nivel de la casa. Yago fue tras ella. Kai se apretó los guantes, cogió la lanza y salió al pequeño patio interior al que se accedía desde el fondo del salón.

La puerta estaba abierta para tratar de crear una corriente que calmara aquel calor insoportable. Ten estaba de pie, paseando con aburrimiento, cuando vio que Kai aparecía.